



## EL MONASTERIO Y LA ARQUITECTURA JERÓNIMA

J. Antonio RUIZ HERNANDO

El nacimiento de la orden jerónima, genuinamente española, está relacionado con los movimientos eremíticos que, por diversas razones y encabezados por visionarios, agitan la Europa del siglo XIV. Uno de estos eremitas, el sienés Tomas Succio o Tomasuccio, profetizó que el Espíritu Santo descendía a España con el surgir de una nueva orden monástica. Al eco de sus palabras algunos ermitaños vinieron aquí y junto con otros del país constituyeron grupos en sitios apartados. De entre todos destaca el de El Castañar (Toledo).

Eran los turbulentos años del reinado de Pedro I (1350-1367). Hastiado de las miserias de la corte, Fernán Yáñez de Figueroa se marchó con aquel grupo. Su postura causó revuelo en Toledo y movido por su decisión, poco después, se les unía, ya en Villaescusa (Madrid), el camarero real Pedro Fernández Pecha. De aquí partieron a Lupiana (Guadalajara) en 1367.

Hostigados por el clero y en especial por los franciscanos de la Orden Tercera, quienes les acusaban de begardos, decidieron en 1372 fundar una nueva orden. Entonces Pedro Fernández Pecha se dirigió a Avignon, a la sazón residencia del Papa, quien le dió las constituciones y regla del monasterio del Santo Sepulcro, en Campora, cerca de Florencia. A su regreso a España en 1374, la ermita de San Bartolomé de Lupiana quedó transformada en monasterio, el primero de entre los jerónimos. Poco a poco se fueron extendiendo las fundaciones, hasta que en la trascendental fecha de 26 de julio de 1415 en que se celebró, por mandato expreso del pontífice, el primer capítulo general en Guadalupe, los jerónimos quedaron constituidos en orden exenta y centralizada. De este capítulo es interesante para la arquitectura jerónima el hecho de que, careciendo de experiencia, fuera presidido por dos monjes cartujos de El Paular.

Nuestra Señora de Prado fue fundado en 1441 y hace el número treinta y dos, recibíendose en el Capítulo General celebrado en Lupiana, bajo el generalato de fray Esteban de León, en 1443. Leamos lo que a este propósito escribe fray José de Sigüenza en su celebrísima historia<sup>1</sup>

*«El primero destos dos conventos [el otro es el de San Leonardo de Alba de Tormes] que es el de N. Señora de Prado, tuvo principio de una hermita assentada junto a la ribera del rio Pisuerga, distante de la villa de Valladolid como media legua, a la parte de Oriente, declinando algun tanto al medio dia. Estava en esta hermita una imagen de nuestra Señora, en que la gente de la villa y toda la comarca tenía gran devocion y nuestro Señor por la fe del pueblo y por la gloria de su madre hazia muchas maravillas, sanando los enfermos que venian a visitar la santa imagen, socorriendolos en sus necessidades. Quando no llovía, venian alli a pedirle agua, y abría Dios sus manos y sus nuves, y dávalas lluvias abundantes y a sazón, quando avía pestes y otros castigos del cielo, que por nuestros pecados Dios nos embia, acogíanse con lagrimas y con oraciones devotas a la madre de piedad, y era cierta luego por sus meritos e intercession*

Monasterio de Prado.  
Fachada principal.  
Foto: Santos Cid

<sup>1</sup> Fray José de SIGÜENZA, *Historia de la Orden de San Jerónimo*, t. I., pp. 341-342. Madrid, 1907.





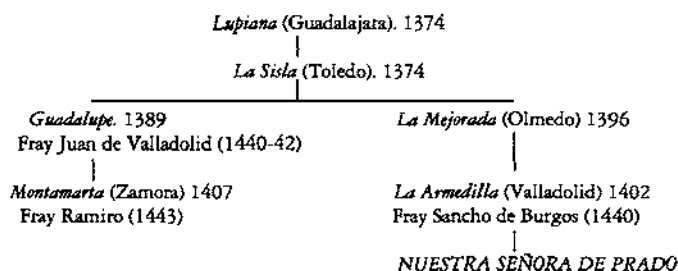
la salud y la bonança. Iuntavanse tambien alli a hazer sus cofradias, o hermandades, dezian Missas, hazian otros sufragios, davan lymosna a los pobres y a la misma hermita, no solo azeyte para la lampara, vestidos y ornamentos para la imagen, y para el altar, sino cosas de mas tomo. Con esto crecio en renta, bienes rayces y muebles. El Abad de Valladolid D. Roberto de Moya, a cuyo gobierno estava todo lo espiritual (hasta estos nuestros tiempos que ha subido la villa a titulo de ciudad, y el Abadia a Obispado)<sup>2</sup> tenia mucho desseo de ver aquella hermita mejor acomodada y en manos de gente que fuesse la Reyna del cielo servida con otra decencia. Andava en manos de Mayordomos, que se aprovechan a vezes mas de lo que seria bueno de los bienes que se ofrecen para el culto divino, o se descuydan en conservarlos. Tenia caudal para mejorarse de como estava, y ocasion para venir a ser mucho. Como hombre prudente y devoto puso los ojos en la religion de S. Geronimo, que a do quiera se hablava bien de ella, entendiendo que la principal ocupación era el oficio divino, y en esto se remiravan, y su exercicio era el de los Angeles. Creciole el desseo de las mejoras de su hermita, y penso que si estos religiosos se quissiessen encargar della, que salia con sus desseos, y quedava bien parada. Escrivio sobre ello una carta al General de la orden, que era a la sazón el

Escudo Real en el crucero  
de la iglesia del Monasterio  
de Prado. Foto: Santos Cid

<sup>2</sup> Lo fue por voluntad de Felipe II, el 9 de enero de 1596.

padre fr. Estevan de Leon, dándole cuenta de su intento, y razón de lo que era la hermita, el estado que tenía entonces, y el aparejo que había para que adelante fuese creciendo, por la devoción grande de los fieles de la villa y comarca... Era esto el año mil quatrocientos y quarenta, al tiempo que se yva acabando el trienio de su oficio en lo poco que le quedava<sup>3</sup>, como vio el desseo y zelo santo del buen Abad D. Roberto, embió a llamar los padres, que estaban señalados para estas juntas. Dioles parte del negocio y pareciendoles a todos que no había en ello inconveniente, y se ofreció ocasión de servir a la Virgen, a quien esta religión debía tanto, y de quien era tan a las claras favorecida, acordaron que se recibiese la hermita, y se uniese a la orden con título de monasterio como el Abad lo pedía. Embió luego esta respuesta el General, y estimó en mucho, concibiendo larga esperanza, que entrando esta casa en poder de religión tan concertada, había de ser perpetuo templo de divinos loores, como se ha visto por el efeto. Dio luego el general autoridad bastante para que F. Sancho de Burgos Prior de N. Señora del Almedilla fuese con otros tres frailes a tomar la posesión de la hermita, y de los bienes que en ella uviessen. Pusolos el abad en ella con grande contento suyo y de los de la villa, a treynta dias del mes de Enero del mismo año. Començaron los quatro siervos de Dios a residir en su hermita harto desacomodados, en una casilla pobre del santero... Mandole de allí a algunos dias el General a fr. Sancho de Burgos que se tornasse a su Priorato, y proveyo por Presidente de la casa nueva a fr. Iuan de Valladolid professo de N. Señora de Guadalupe. Residió allí como dos años, y en ellos procuro aumentar quanto pudo la devoción de los fieles, con su buen exemplo. Trabajo con extremada diligencia en levantar algun edificio en forma de monasterio, Salio con ello, aunque todo por entonces fue pobre y poco, mas no se pretendía mas de que los religiosos que allí estuviessen, pudiesen guardar el recogimiento y clausura que professan y tener donde juntarse al oficio divino, y a las otras cosas que tienen forma de comunidad, segun nuestra religión. En el Capitulo general que se celebró el año mil quatrocientos quarenta y tres, aprobaron la recepción que se había hecho en el Capitulo privado, de nuestra Señora de Prado, y viendo que tenía ya comodidad para formarse convento, embiaron alla por Prior a fray Ramiro, professo de Montamarta...<sup>4</sup> Los edificios que entonces les parecia a nuestros religiosos que bastaban para en tanto que durava el destierro de nuestras vidas, eran estrañamente pobres, estrechos, fragiles, que con dificultad se sustentavan, mostrando bien en esto lo poco que pretendían del suelo... Despues con el tiempo que haze mella aun en lo mas fuerte, se echo de ver que era menester alguna mas fortaleza, y que no se podían sustentar casas tan pajizas para los que viniessen adelante, y así mejoraron algo mas los edificios, y si no passara de allí, huviera sido mejor. Enamorados los reyes Catolicos de feliz memoria Don Fernando y doña Isabel de la casa pobre de N. Señora de Prado, llevados de la devoción de la imagen, y del buen exemplo que los religiosos de aquella casa davan, edificaron casi todo el monasterio, que a penas se podía ya vivir en el primero. El edificio fue no como ellos quisieran, sino como les permitieron los religiosos, de lo moderado de aquel tiempo, por no passar de un extremo a otro. Hizieronle tras esta otras muchas mercedes, y con ella se ha ydo levantando hasta agora, que es una de las casas principales desta religión»

Analicemos el texto de fray José, pero antes hagamos la filiación de la casa



<sup>3</sup> El General se elegía cada tres años en el Capítulo General celebrado en Lupiana.

<sup>4</sup> El capítulo privado se reunía en casos de urgencia y lo constituían algunos diputados y el General.

Cuando una de las casas llamadas «nuevas», y era el caso de Nuestra Señora de Prado, tenía renta para sostener doce monjes, número imprescindible para poder hacer el oficio del coro, pasaba a ser denominada «autónoma» en el capítulo general.

Como podemos ver, los antecedentes inmediatos de Nuestra Señora de Prado están en dos casas de la provincia de Valladolid. La Armedilla, en Cogeces del Monte, en el límite con la provincia de Segovia, fue fundada por los cuellaranos en 1402 y es actualmente una ruina. Otro tanto ocurre con La Mejorada, fundada en 1396, de la que resta el bloque conventual, muy alterado, y la célebre capilla mudéjar de la iglesia. En cuanto a los primeros monjes, antes de la acepción como casa autónoma en el Capítulo General de 1443, procedían de la ya mencionada La Armedilla, Guadalupe (fundada en 1389), felizmente en pie, y Montamarta, filial de la anterior, que lo fue en 1407 y de la que quedan muy escasos restos en Zamora. Por lo que se refiere a los antecedentes lejanos La Sisa y Lupiana, la primera ha desaparecido por completo y de la segunda, que sufrió una fuerte reforma en los siglos XVI y XVII, la iglesia es una ruina. Ya veremos hasta qué punto estas relaciones dejaron sentirse o no en la arquitectura de Nuestra Señora de Prado.

Pero volvamos al texto de Sigüenza. Como es lógico, más atento al mundo espiritual y a ensalzar la relevancia que la Orden había alcanzado a fines del siglo XVI, narra el origen de cada monasterio de forma similar, sin detenerse, salvo en contadas ocasiones (El Escorial) en la descripción de la parte arquitectónica. En su excelente prosa se repiten tópicos sobre los primeros monjes y pasos de la comunidad; pobreza, religiosidad, penitencia etc., y también algunos sobre los propios edificios. De estos nos interesan, por el momento y fin que perseguimos, tres: situación, preexistencia de una ermita y escasa calidad de la habitación.

Sobre el primero de los puntos, Sigüenza es bien escueto: *«Junto a la ribera del río Pisuerga distante de la villa de Valladolid como media legua a la parte de Oriente, declinando algún tanto a mediodía»*. Tal vez hayan sido pocos los escritores que, como Sigüenza, han entendido el paisaje. La capacidad para describir el entorno y topografía del lugar en que se asientan los monasterios es insólita. El lector se siente inmerso y subyugado por la naturaleza: *«Trepa unas veces la yedra por las peñas, abraçase otras con los troncos de los árboles, a los unos y a los otros sustenta siempre frescos y gratos a la vista, haciendo mil laberintos que le enseñó la naturaleza»*<sup>5</sup>. En este caso, sin duda porque no lo conocía o sus referencias eran muy escasas, o sencillamente no era atractivo, se limita a reseñar que está a poco menos de tres kilómetros de Valladolid.

Es norma, podríamos decir, en todos los monasterios de la Orden, situarles cerca de los núcleos de población aunque lo suficientemente apartados como para poder llevar la vida retirada que exige el eremita, pero nunca en la costa ni en islas. Así San Jerónimo de la Plana de Jávea, en el litoral alicantino, fue trasladado a Cotalba (Gandía), y Santa Marina de don Ponce, en la isla de los Conejos, (Santander)<sup>6</sup> y la Trinidad de Miramar (Mallorca), tuvieron breve vida, pues como dice Sigüenza a propósito de esta última y para remachar la hispanidad de los jerónimos *«Por verla tan apartada, y tan dificultoso a los visitantes de la Orden paasar alla, y tornar, y con tanto peligro del mar, acordo la Orden dexarla: porque siempre a tenido mas consideracion a cultivar mas bien lo poco, que tener mucho embosquecido y maltratado. Ni la codicia de extenderse por el mundo la ha desasossegado, contentandose con ser religion de España, tener por mojones los que el mismo mar le ha puesto»*<sup>7</sup>. Tan solo en las fundaciones más antiguas, por ejemplo Guisando (Ávila), el cenobio estaba en despoblado.

Nuestra Señora de Prado goza pues de una situación modelo: al otro lado del Pisuerga y junto al arroyo del Prado y en una ladera que desciende suavemente hacia el río<sup>8</sup>.

Cerca, pero al mismo tiempo aislado de lugar habitado, como también lo suelen estar las ermitas, lugares de culto popular que, por cierto, se constituyeron en el germen de muchos de los monasterios del período de esplendor de los jerónimos. Por referirnos tan sólo a la filiación directa de Nuestra Señora de Prado, Nuestra Señora de la Armedilla lo fue sobre un

<sup>5</sup> SIGÜENZA, *op. cit.* Fragmento de la descripción de Guisando, t. I, p. 59.

<sup>6</sup> San Jerónimo de la Plana fue trasladado a Cotalba ante el peligro corsario que asolaba las costas. Santa Marina porque el batir de las olas impedía orar con el debido recogimiento.

<sup>7</sup> SIGÜENZA, *op. cit.*, t. I, p. 122.

<sup>8</sup> La situación de Prado se ajusta con precisión a lo que dice Sigüenza: *«Están casi todas las casas de esta religion en desiertos, porque de veinte y seys, que hasta agora se han fundado las que mas cerca están a media legua de las ciudades ...»*, *op. cit.*, t. I, p. 317.





Monasterio de la Armedilla.  
Valladolid.  
Foto: Santos Cid

lugar de culto mariano para los pueblos del contorno; Santa María de la Mejorada, en la ermita de Nuestra Señora de la Mejorada; San Jerónimo de Montamarta, en la de San Miguel; Nuestra Señora de Guadalupe en la del mismo nombre; Nuestra Señora de la Sisla también y San Bartolomé de Lupiana en la de San Bartolomé. Es obvio que no siempre fue así, que a veces suplantaron a otras comunidades, pero la prevención al lugar poblado —el caso de Guadalupe es muy significativo— y el gusto por la oración en lugar privado, rememorando a su maestro San Jerónimo y su vida eremítica en Palestina, les llevó incluso a construirlas en el perímetro del monasterio.

Llegados a este punto pasemos a analizar el propio edificio. Solamente un profundo estudio arqueológico podría llegar a desentrañar la planta de aquel, llamémosle, monasterio construido a expensas de D. Ruy Gonzalo de Avellaneda y D<sup>a</sup> Isabel de Avila. Según fray Jerónimo de Cáceres (1567), desde 1440 a 1443 Nuestra Señora de Prado no tuvo prior «porque estos tres años estuvieron edificando y aparejando la casa conforme a la manera de construir de nuestra Orden». Parece ser que D. Ruy y D<sup>a</sup> Isabel adquirieron la casa del santero y alguna otra, y con cierto dinero «se hizo un claustro pequeño donde se metieron los que primero comenzaron a morar la dicha casa teniendo por iglesia la ermita». Iglesia, claustro y dependencias accesorias constituyen un monasterio, pero todo esto conforme al uso jerónimo según fray Jerónimo. Ahora bien, este monje escribe en 1567, cuando el monasterio jerónimo estaba plenamente desarrollado pero no así hacia 1440 donde se estaba perfilando lo que se lograría poco a poco.

Con tan escasos datos como contamos, solo cabe aventurar una hipótesis. Manteniendo la ermita como iglesia conventual<sup>9</sup> no parece que la comunidad fuera muy numerosa. En torno al pequeño claustro, de dos plantas con toda seguridad, se dispusieron las habitaciones. En la planta baja las de uso común, refectorio, sala capitular, ropería, etc. y las celdas en la alta. El tema de la celda, el sitio reservado no tanto a dormir como a la comunicación con Dios, es esencial. Para Sigüenza aquella es como un castillo donde el alma se «*asegura de los asaltos de tres fuertes enemigos, ojos oydos y boca; pues en la celda ni se oye ni se ve, ni se habla sino con Dios o sus santos o con la misma alma*»<sup>10</sup>. La celda y el coro serán pues imprescindibles en el monasterio jerónimo y si bien desde el siglo XIII se fue defendiendo el uso aquella en detrimento del dormitorio, incluso en las órdenes monásticas tradicionales, Sigüenza es bien explícito al decirnos de donde lo copiaron: «*con vivir en esta religión la jerónima en los claustros y tener por el contorno las celdas, sin estar encerrados en dormitorios como de ordinario están en todas religiones (excepta la Cartuxa y esta de San Geronimo que se le parece tanto)*»<sup>11</sup>.

Es bien sabida la estrecha relación existente entre la Orden de San Jerónimo y la de San Bruno, «*afinidad de obsevancia*»<sup>12</sup>, que se manifiesta incluso en el hecho de que el primer Capítulo General, celebrado en Guadalupe en 1415, fuera presidido por fray Diego de Alarcón junto con dos monjes procedentes de la cartuja de El Paular. Ahora bien, si el deseo de soledad y el anhelo de la vida eremítica es común a ambos institutos, este sentir no se manifiesta de la misma forma en la arquitectura, salvo en la adopción de la celda y de la nave única para la iglesia, pues los jerónimos hicieron uso del esquema conventual tradicional.

Una segunda etapa en la historia de Nuestra Señora de Prado se inicia cuando en el Capítulo General de Lupiana, de 1443, la «*casa nueva*» fue reconocida como de «*profesion*», es decir con capacidad para admitir novicios, elegir prior y poder desarrollar plenamente el ideal jerónimo, lo que supone, para el tema que nos ocupa, la existencia de un coro elevado, característica bien peculiar de las iglesias jerónimas.

«*Y en el año de 1480 la reina Católica mandó hacer la iglesia y el retablo del altar mayor por la intercesión del padre Fray Hernando de Talavera*»<sup>13</sup>. Así pues, hemos de entender que en dicha fecha se demolió la primitiva ermita, o «*iglesia chica*» en palabras de fray Jerónimo de Cáceres, y se edificó el templo gótico, del que subsiste la fachada occidental, profundamente renovado a su vez por Nicolás Bueno y Cristóbal Jiménez en 1673.

Cuando Isabel la Católica asume la empresa, la tipología de la iglesia jerónima ya estaba definida: una sola nave con capillas laterales, coro a los pies y altar mayor sobre gradas.

Comenzaremos el análisis por la fachada occidental, el testimonio más visible de la iglesia de los RR. CC. Consta de un despejado paño entre contrafuertes, circulares, en que se abren la puerta de ingreso para el público y una ventana en alto que daba luz al coro. Corona el hastial una espadana. A tan sencillo esquema responden en su mayoría las fachadas de la Orden, desde los templos del siglo XV; Espeja de San Marcelino (Soria), San Miguel del Monte (Burgos) o la Arredilla (Valladolid) —por citar el más cercano y en estrecha relación con Prado—, hasta los muy complejos monasterios del siglo XVI; San Miguel de los Reyes, en lugar tan lejano como Valencia. Las capillas laterales en todos los casos pasan desapercibidas, pero no es costumbre en cambio el pórtico, bien patente en Nuestra Señora de Prado y que es caso singular. Fue añadido después y recuerda, con sus pilares circulares, al de San Benito.

La fachada en los monasterios jerónimos se dispone al fondo de un atrio o lonja abierto al lado norte y delimitado al sur por un ala del edificio, que suele coincidir con el claustro de la portería: San Leonardo de Alba de Tormes, San Jerónimo de Valparaíso (Córdoba), San

<sup>9</sup> En las excavaciones efectuadas en la iglesia, con motivo de las presentes obras de restauración, han aparecido los cimientos de la cabecera a la altura del crucero.

<sup>10</sup> SIGÜENZA, t. I, p. 249.

<sup>11</sup> SIGÜENZA, t. I, p. 252.

<sup>12</sup> I. M. GÓMEZ, O.S.B., «Jerónimos y Cartujos». *Studia Hieronymiana*, II, pp. 407-419, Madrid, 1973.

<sup>13</sup> Fray Jerónimo de Cáceres. Libro Becerro. Madrid, A.H.N. He manejado una transcripción suministrada por los arquitectos responsables de la restauración.





*Fachada del Monasterio  
de la Armedilla.  
Casa de Cervantes. Valladolid.  
Foto: Santos Cid*



Jerónimo de Granada, etc., disposición que, en palabras de Chueca Goitia, originará por desdoblamiento el esquema del patio de los Reyes de El Escorial y aún del propio monasterio. En Nuestra Señora de Prado la fachada actual se alinea casi con la crujía de poniente del claustro principal, ahora bien la existencia de un ala meridional y el arranque de una occidental, así como la maqueta de Gil de Palacio, muestran a las claras un recinto o patio no concluido y reedificado tal vez sobre otro anterior, casi con certeza gótico si a él corresponden las basas halladas en la torre que configura el ángulo sur occidental de las mencionadas alas. Nuestra Señora de Prado guardaría, pues, una forma clásica.

Tras pasada la puerta principal se penetra en el sotocoro, en un ambiente de penumbra que hace resaltar con fuerza el presbiterio bañado en luz. En Valladolid queda comprobada la existencia del coro, no sólo porque era absolutamente necesario, sino también porque sabemos que éste fue prolongado con ocasión de las profundas reformas a que fue sometido el templo en el siglo XVII.

Son contados los coros que han llegado a nuestros días de aquellos monasterios fundados con anterioridad a Nuestra Señora de Prado, ya por la ruina que siguió a la exclaustración del siglo XIX ya porque algunos templos vieron cambiar radicalmente su fábrica a lo largo de los siglos, tal es el caso de San Bartolomé de Lupiana o San Jerónimo de Guisando (Ávila), sin embargo los de Guadalupe, construido en tiempos de fray Fernando Yáñez (1389-1412) y el más antiguo que ha llegado a nosotros, y el casi contemporáneo de Santa María del Parral (Segovia), rehecho por Juan de Ruesga en 1494, así como las visibles huellas de los desaparecidos, permiten hacer una idea bastante fiel de como fuera el nuestro. En todos, las bóvedas rebajadas de extraordinaria audacia, ponen de manifiesto la pericia constructiva de los maestros del gótico final. Ocupan los dos primeros tramos de la nave, que suele coincidir, poco más o menos, con la mitad de la longitud de la misma. En Prado la sencilla cornisa barroca y la ausencia de las pilastras correspondientes al fajón de la bóveda marcan los extremos de la sillería.

A la perfección con que se interpretaba el canto llano hemos de añadir que, debido a la solemnidad de la liturgia, también se desarrolló la polifonía y en consecuencia el órgano<sup>14</sup>. Fue precisamente el auge de este instrumento el que forzó a alargar los costados del coro mediante balcones dispuestos a lo largo de los muros de la nave, que llegan a ocupar otro tramo, y donde se colocaban los órganos, medio embutidos en el muro, por lo que se hacían necesarios grandes nichos o arcos, cuyas huellas son evidentes en Nuestra Señora de Prado en aquel punto en que se produce una cesura entre los dos tipos de la cornisa barroca.

Se alcanzaba el coro desde el claustro alto, mediante una estancia intermedia, en que se disponía una pila de agua bendita «*limpiamiento de las culpas leves, porque no entre cosa inmunda*»<sup>15</sup>. La puerta se situaba entre la sillería y el órgano. Esta disposición fue seguida en Valladolid, conservándose la estancia, con decoración al temple de hacia 1500 con las armas de los RR. CC., y su nicho para la pila pero no ésta, ni por supuesto la sillería y el órgano<sup>16</sup>.

Aunque el coro elevado a los pies del templo no es invención jerónima, fue en esta Orden donde encontró carta de naturaleza y de donde pasaría al resto de las congregaciones religiosas hasta constituirse en rasgo esencial de la arquitectura conventual española.

Entre el coro y el presbiterio se establece una mutua e interesante relación de dependencia. Todo en la iglesia jerónima se supedita a la solemnidad del culto. «*Dire solo una o dos cosas, las mas coherentes al sujeto que aquí toco. Que en lo que es el culto ecclesiastico, los cantos y loores de Dios, la policia y ornato de la Iglesia, la compostura del choro, sagrarios, altares, missas: ninguna religion le ha ygalado, y a todos sin agravio ha excedido. Las Iglesias cathedrales, que gastan en esto mucho dinero y hazienda, aun la mas principal dellas, sin duda se queda a tras; quien quisiere bazer la prueba de lo que digo, antes que diga que me arrojo, vea lo que alli passa el dia mas festival, y vengase uno de los dias mas moderados a esta casa de S. Lorenzo el Real, donde esto se escribe, y vera*

<sup>14</sup> J. LÓPEZ CALO, «La música en el rito y en la orden jerónima». *Studia* ...I, pp. 125-138.

<sup>15</sup> SIGUENZA, *op. cit.*, t. I, p. 256.

<sup>16</sup> Según una fotografía, frente a esta puerta y al otro lado de la nave, se abría una simétrica. El estado en que ha llegado a nuestros días el edificio así como la profunda alteración operada en el lado norte de la iglesia durante el barroco, impiden cualquier intento de reconstrucción del paso.

*que no me adelanto nada*»<sup>17</sup>. El esplendor de la liturgia era proverbial, ello explica la suntuosidad de la cabecera y el desahogo del coro que, como hemos visto, ocupa gran parte de la nave, pero es una liturgia abierta a los seglares. Como tal orden monástica la iglesia habría de estar, en principio, vedada al pueblo, ahora bien, dada la peculiar idiosincrasia de los jerónimos y sus estrechas relaciones con la Casa Real y la nobleza los seglares podían asistir a las ceremonias religiosas. Para aislarse y al tiempo estar presentes en el templo, se buscó la solución del coro. La profundidad que éste alcanza hace imposible que desde la silla prioral pueda verse el altar mayor, por ello se hizo necesario asentar la mesa y retablo del presbiterio sobre una meseta a la que se subía mediante una escalinata. Se nivelaba así la diferencia de altura entre ambas partes. Los monjes podían seguir con toda claridad el culto, en tanto que en la nave, por cierto provista de púlpito, lo que corrobora su carácter público, los fieles gozaban de un óptimo grado de visibilidad.

En algunas iglesias las gradas llaman poderosamente la atención del visitante por su desarrollo y suntuosidad. Cuando Münzer visita Guadalupe repara en ello, prueba evidente de que no lo había visto en otras iglesias. En casos extremos las gradas llegan a configurar auténticas terrazas, San Jerónimo el Real de Granada o, aunque en templo dominicano, un cuerpo volado como en Santo Tomás de Avila. No se conservan en Nuestra Señora de Prado, pero sin duda las tuvo. «Año de 1533. Los infantes de Granada que fueron D. Juan de Granada y la infanta D<sup>a</sup> Beatriz de Sandoval -que sean en gloria- tomaron la capilla Mayor de este Monasterio para su enterramiento ... y después que estos señores murieron, también sus hijos y descendientes se enterraron debajo de la tumba que esta cerca de las gradas del Altar Mayor con su reja a la redonda ...y llega lo que les pertenece desde las gradas del altar mayor hasta la red que esta en el cuarto de la iglesia»<sup>18</sup>. En el texto se habla de las gradas y además se describe de forma concisa la segunda función asignada en el monasterio jerónimo al presbiterio, que es ante todo el lugar donde se magnifica a Dios, pero también enterramiento, para los benefactores de la casa. Este se extiende desde el primer peldaño hasta la nave, de la que le separa una reja, pero en San Miguel de los Reyes o en San Lorenzo del Escorial, los poderosos duques de Gandía y la Casa de Austria depositarán sus cadáveres en las criptas construidas bajo la escalinata. En suma, el espacio en la iglesia queda definido por el coro y presbiterio reservado a la comunidad y sotocoro y nave para los seglares, se trate de Guadalupe o de San Lorenzo<sup>19</sup>. El edificio barroco, el que nos es dado contemplar, sigue las directrices jerónimas y aunque aprovecha en parte la estructura de los RR. CC., es muy difícil hacerse una idea exacta de cómo fuera su configuración espacial en el siglo XV, pese a los restos conservados, en especial con lo que respecta a la parte delantera de la iglesia. Era de una nave y, según las excavaciones realizadas en el crucero, de ábside plano. Aunque en 1674, al renovar la cabecera se habla de crucero no está clara su existencia, incluso los escasos restos conservados en el lado del Evangelio, pese a la altura que debía alcanzar el arco, parecen corresponder más bien a una capilla<sup>20</sup>. En la nave se abren capillas laterales que, entiendo, han de obedecer a distintas campañas constructivas pues la presencia de los contrafuertes a lo largo de los muros, supone no proyectarlas desde el principio sino adecuarlas al ancho existente con posterioridad. No queda ninguna en el lado norte completa, tan solo los arcos de ingreso de las tres primeras, el arco y columnas angulares para el abovedamiento de la cuarta y la jamba izquierda de la quinta, elemento éste que suscita la hipótesis del crucero. Sí quedan en el lado sur, de las cuales las tres primeras no son muy elevadas, por estar supeditadas al coro y balcón del órgano, no así la cuarta, de planta alargada y mayor que las anteriores, provista aún de su bóveda de crucería y frontera a la de los restos aludidos en el lado septentrional.

<sup>17</sup> SIGÜENZA, *op. cit.*, t. I, P. 37.

<sup>18</sup> Fray Jerónimo, *op. cit.*

<sup>19</sup> La cabecera de Santa María del Parral era un excelente ejemplo antes de la desdichada reforma llevada a cabo hace pocos años que eliminó las gradas.

<sup>20</sup> El arco no enrasa con los restantes formeros de la nave y además no presenta en planta los tres cuartos de circunferencia que, dada su posición en el presunto ángulo, debería tener. Ciertamente es que la reforma barroca pudo haberle desfigurado, pero aún es visible la prolongación moldurada de la basa hacia el umbral, a modo de zócalo por lo menos, cerrando un tanto el paso que, en otro caso, habría de estar despejado.

No resuelven la duda las condiciones firmadas por Francisco Marín, Antonio Bustamante, Juan de la Paz y Manuel Cosío en 1679, aunque se mencione el crucero. J. C. BRASAS EGIDO. «Notas sobre la iglesia de Nuestra Señora de Prado de Valladolid». B.A.A.A., XLIV, 1978, pp. 462-467.





No hay vestigios de la quinta lo que nos hubiera ayudado a resolver el tema del crucero. La portada de la primera es gótica, de medio punto y decorada con diminutos capiteles, la de la tercera clasicista y la de la cuarta gótica, de arco apuntado y sin capiteles, es decir de un gótico muy avanzado. Esta variedad revela, una vez más, al menos reconstrucciones. Parece ser que se comunicaban entre sí -aun quedan unas puertecitas barrocas- rasgo común a las iglesias jerónimas, pero no lo es en cambio el arquillo abierto a la nave que recuerda a ciertas capillas de la catedral de Cuenca<sup>21</sup>. Hay arquillos en la segunda y cuarta capilla de la derecha y en la cuarta de la izquierda. Son dos los de la segunda, a ambos lados del arco de ingreso, que atraviesan el muro limpiamente, al menos tal es su estado después de la actual reforma. Mayor interés manifiestan los de la cuarta de ambos lados. Los dos se abren entre el arco de ingreso y el muro oriental, aquel en que estaba el retablo. El del lado meridional es escarzano y el septentrional de medio punto. En ambos casos el grosor de la pared permite un desdoblamiento que se proyecta hacia la nave a modo de un nicho de mediano tamaño.

El tema de las puertecillas subsidiarias hacia la nave, puede llevar a equívocos con las que comunican las capillas entre sí, según costumbre jerónima que se siguió en Prado y de la que quedan testimonios, aunque barrocos. Sabemos cómo al fundar Dña. Francisca de Cepeda la capilla de la Encarnación se obligo a «*bacer una puerta que salga frontero de la capilla de San Miguel por donde entren a decir misa en dicha capilla*»<sup>22</sup>

*Claustro  
de Francisco de Praves.  
Foto: Santos Cid*

<sup>21</sup> El del lado norte fue transformado en capilla en 1568, perdiendo su desconocida función: ¿comulgatorio?

<sup>22</sup> Cabría la posibilidad de que la tal puerta fuera la inmediata al arco de ingreso, como hay en otras, pero aquí no se conserva y además por aquellas fechas (1579) la puertecilla de la capilla de enfrente ya había dejado de prestar servicio. Sí existe en cambio la puertecilla adintelada que comunica, al estilo de la orden, con la inmediata capilla, que considero de San Miguel, y que estilísticamente corresponde al momento. La capilla de San Miguel tenía salida casi directa a la sacristía, es decir en estrecha comunicación con el sitio donde los sacerdotes se revisten para oficiar.





Constaba la nave de cinco tramos cubiertos con bóvedas de crucería, de las que son visibles los restos de los tres primeros por encima del abovedamiento actual, pero que, curiosamente desaparecen al llegar al cuarto tramo del edificio barroco -el coincidente con las capillas anchas- lo que supone, en principio, un espacio cerrado a mayor altura, una especie de cimborrio. En palabras de los Sres. Navarro Pallares, Merino de Cáceres y Espejel, los arquitectos restauradores, del tercer contrafuerte del lado norte, y por encima de las cubiertas, salía otro en disposición diagonal, lo que cuadra con la hipótesis del cuerpo elevado.

Ahora bien, esta hipótesis no armoniza con lo que refleja la planta. Es costumbre que inmediato al espacio del cimborrio se proyecte el presbiterio, pero en Prado éste habría sido profundísimo, lo que es impensable. Además queda el resto del famoso arco del lado norte. Cabe una posibilidad, extraña aunque no insólita pues se observa en el también monasterio jerónimo de San Miguel del Monte (Burgos), cuya iglesia fue proyectada por Juan de Rasines a principios del siglo XVI, y es la apertura de sendas capillas laterales entre cimborrio o crucero y presbiterio, lo que vendría a justificar la jamba y arranque del arco gótico arriba aludido.

Resumiendo, pues, sería iglesia de una nave, con capillas laterales, más bajas y pequeñas las tres primeras, por coincidir con el coro y balcón del mismo. La tercera capilla del lado derecho podríamos identificarla con la de la Encarnación, de fines del siglo XVI, y la frontera, desaparecida, con la de Santiago. De las dos siguientes, las anchas y abiertas al espacio que asignamos al cimborrio, la del lado de la epístola pudo estar dedicada a San Miguel. A continuación la sacristía, o al menos su portada y enfrente, es decir al lado del Evangelio la «capilla de Santa Catalina que es junto a la capilla mayor, frontera de la puerta de la sacristía»<sup>23</sup>.

<sup>23</sup> Fray Jerónimo, *op. cit.*



Según esto o no hubo crucero o en el lado del brazo del evangelio había un altar dedicado a Santa Catalina. Lo que está claro es que el susodicho espacio desapareció en 1673, sustituido por el auténtico crucero -el actual barroco- por lo que se hizo necesario levantar de nuevo la capilla de Santa Catalina, que supongo reforma de la cuarta del lado derecho, pues se dice en las condiciones: «en el costado del presbiterio al lado del Evangelio y ha de tener la misma salida que las demas de la nave»<sup>24</sup>.

Para finalizar con la iglesia, unas palabras acerca del término «morisco» con que se definen las bóvedas góticas cuando fueron derribadas en el barroco<sup>25</sup>. No tendría mayor importancia y no haría caer en error a nadie si no fuera porque se ha dicho que los jerónimos fueron propagadores de la arquitectura mudéjar, lo que a todas luces es incierto. Ha sido sin duda el prestigio y fama de que goza Guadalupe lo que dió pie para tal aseveración. Ahora bien, cuando Fernán Yáñez toma posesión del santuario en 1389, ya había partes construidas. Ni su claustro y renombrado templete, ni San Isidoro del Campo (Sevilla), o el claustro del Parral y capilla de La Mejorada (Olmedo), cuentan con la suficiente entidad dentro de la arquitectura jerónima como para así afirmarlo.

Pasemos ahora al resto del monasterio. Si en la iglesia jerónima se pueden encontrar ciertos rasgos específicos, por lo que respecta al claustro y dependencias anejas no hay nada que los singularice. El claustro principal se dispone, como es lógico, al sur de la iglesia. Prado tuvo uno primero, «pequeño», costado por D. Ruy González de Avellaneda y Dña. Isabel de Avila, su mujer, al que substituyó el de los RR. CC. No sabemos nada de su forma ni tamaño, si bien al hacer Praves el actual se habla de la coincidencia de ciertas paredes del antiguo y nuevo, indicio de una superficie no muy diferente. Tres son las más grandes e importantes estancias en la planta baja; sala capitular, refectorio y sacristía. En Prado hemos de suponer que en la reforma barroca se respetó la dimensión gótica. La sala capitular estaría en la panda occidental, el refectorio en la meridional, si bien se hace muy extraña la existencia de pies derechos en el centro de la actual, y la sacristía junto al ángulo nororiental y en directa comunicación con la iglesia. La parte alta se destinaba a celdas, entre las que destacaba la prioral. Tampoco sabemos donde pudieron situarse la ropería, librería, dormitorio de novicios, etc.

En San Bartolomé de Lupiana (Guadalajara), San Jerónimo de Granada y Santa María del Parral (Segovia), a lo largo de la fachada sur de la iglesia, y constituyendo como una tercera galería claustral, aunque no lo sea, se dispone una amplia solana para los monjes jubilados o de delicada salud<sup>26</sup> y en otros monasterios hay una serie de capillas, de las que Sigüenza dice al describir Lupiana «El suelo mas baxo repartieron bien en doze capillas: para las Missas, y para retirarse a oraciones particulares». En Guadalupe, muy alteradas, eran estrictamente monacales, mientras que en el Parral, fueron fundación de nobles. Ni una ni otras parece que hubo en Prado.

El claustro comunica, a nivel horizontal y en planta baja con las estancias comunes y también con la iglesia para las procesiones. La planta alta con las celdas y el coro. Los tiros de escalera que enlazan ambas no tienen localización fija, ahora bien casi siempre existe alguno cercano a la iglesia para una rápida subida al coro.

Ignoramos por completo todo lo referente al segundo claustro, al que podríamos denominar de la portería y situar a escuadra con la iglesia, espacio al que tenía entrada el público<sup>27</sup>, y menos aún de un hipotético tercero dedicado a enfermería<sup>28</sup>.

Desconocemos, así mismo, quien fuera el maestro o arquitecto del edificio de los RR. CC. Desde luego son mínimas las referencias a maestros de obras en fray José de Sigüenza, quien, por cierto, no pierde ocasión de ensalzar la habilidad manual de sus hermanos -fueron excelentes iluminadores-, y que en todo caso nunca alcanzaron en aquel arte la



<sup>24</sup> BRASAS EGIDO, *op. cit.*

<sup>25</sup> Ibid.

<sup>26</sup> La famosa «Galería de Convalecientes» de El Escorial, aunque en otros sitio, será su heredera.

<sup>27</sup> Aún se conservan huellas de un posible ingreso, en el pórtico ante la iglesia.

<sup>28</sup> Sabemos de la existencia de la enfermería, constituyera o no un claustro, desde 1484.



relevancia que en otras órdenes religiosas<sup>29</sup>. Si de Guadalupe se entretiene en escribir cómo los monjes trabajaban de albañiles, en Prado ni les menciona, pero dice: «*El edificio no fue como ellos [los Reyes Católicos] quisieron, sino como les permitieron los religiosos, de lo moderado de aquel tiempo*»<sup>30</sup>, remedo de lo expresado con respecto a San Jerónimo de Valparaíso (Córdoba) «*se hizo presto un claustro, e yglesia no como ellos [los patronos] deseavan sino como la traçava el santo varon F. Vasco, sin traça ni ingenio*»<sup>31</sup>. De ésto se deduce que el monasterio jerónimo, sigue una pauta, pero que no hay prototipo, e igualmente que, desde Valparaíso a Prado han transcurrido ochenta años y el edificio está más definido, pero se sigue sin arquitecto de la Orden. En cuanto a la calidad, este monje que paradójicamente amaba la pobreza, le llama «moderado», y efectivamente lo es si se compara con El Parral, donde él había profesado<sup>32</sup>.

Para concluir, unas pocas palabras sobre los aposentos o palacios, reservados para estancia de los benefactores y reyes, y las granjas. Los hubo en La Mejorada, Bornos (Cádiz), Baza (Granada), Espeja de San Marcelino (Soria), etc. De D. Pedro López de Ayala escribe Sigüenza que por amistad con los monjes de San Miguel de la Morcuera, a cuya casa tanto había favorecido, «*hizo un aposento junto al monasterio, donde se yva a vivir mucho tiempo, con su mujer y su casa*»<sup>33</sup>. Nada se dice al respecto de que los fundadores de Prado, D. Ruy y Dña. Isabel, lo hubieran edificado, pero sí que Isabel la Católica tuvo habitación.

La hospitalidad, que entre los jerónimos alcanzó singular relevancia, no estaba reñida con la observancia de la clausura, en especial en lo que se refiere a las mujeres, así el prior de La Mejorada se opuso rotundamente a que Dña. María, mujer de Juan II, pudiera desde su palacio pasar al coro alto, amenazando incluso con abandonar la comunidad el cenobio. Muy otro fue el caso de Isabel la Católica que logró de los monjes de Guadalupe un oratorio para asistir a los oficios divinos. La estrecha relación entre los monjes y los reyes desembocará en la estancia de Carlos V en Yuste, cuyo palacio servirá de modelo a su vez para el de Felipe II en El Escorial.

En cuanto a las granjas, casas para solaz de los monjes y que todos los monasterios poseían en lugar apartado, Prado contó, al menos desde 1540 con la denominada La Flecha.



Iglesia. Detalle  
muro norte.  
Foto: Santos Cid

<sup>29</sup> Fray Antonio de Villacastín es otro tema.

<sup>30</sup> Líneas más arriba, al hablar de la reforma del primer monasterio escribe algo en verdad chocante: «...ansi mejoraron algo mas los edificios, y si no passara de alli huviera sido mejor». ¿A qué obedece y qué significa este reproche?

<sup>31</sup> SIGÜENZA, *op. cit.*, I, p. 139.

<sup>32</sup> Si hacemos abstracción de las capillas, la iglesia más parecida es la Armedilla, construida por el maestro Hanequin a partir de 1511.

<sup>33</sup> SIGÜENZA, *op. cit.*, I, p. 128.



